

ADOLFO POSADA

Valentín Letelier¹

EL sabio autor de este libro sobre *Onomatología* es un sociólogo eminente y un pedagogo insigne. Quizá es la personalidad más interesante como publicista de ciencias *morales y políticas* de la América española. Su reputación ha traspasado las fronteras de Chile. Cuantos jóvenes americanos he tenido ocasión de conocer, me han hablado del señor Letelier con aquella admiración y respeto que sólo se dedican a los grandes investigadores y propagandistas de la verdad, y a los directores espirituales de la juventud culta. No sólo en América, en la vieja Europa, el nombre de Letelier es justamente respetado. *El Instituto Internacional de Sociología*, de París, lo cuenta entre sus miembros, y en España, donde leemos tan poco, y tan poco sabemos de la vida intelectual, sobre todo, de la vida intelectual *no literaria*, de América, Letelier es un autor que se cita con frecuencia, y sus libros principales son de los poquísimos libros "científicos" hispanoamericanos que se encuentran por librerías y bibliotecas.

Y aún sería el señor Letelier más conocido y apreciado entre nosotros, si el comercio intelectual con "nuestra América" fuese más íntimo; si las gentes de por acá formasen su cultura histórica y literaria, considerando como obra española la obra de los hispanoamericanos, y la juventud de los Institutos y Universidades trajese en el alma la idea de que España y la América Latina constituyen una gran comunidad espiritual.

Porque el sabio profesor de Derecho de la Universidad nacional de Chile, me-

rece ser leído y estudiado por nuestros jóvenes sociólogos, por nuestros publicistas y por cuantos estiman que hay en el mundo un problema educativo. Su nombre debe figurar al lado de los primeros que en España podamos citar. Hay, en efecto, en todos los libros del señor Letelier doctrinas aprovechables, luz, crítica, erudición escogida; Letelier es de los contados españoles (de ambos mundos) que sabe lo que pasa en los pueblos más cultos, que se entera a fondo de los asuntos que trata, y jamás se lanza a hablar sin la preparación debida, de ningún problema científico.

Por otra parte, el señor Letelier, es uno de los órganos de comunicación más eficaz que, en el orden científico existen hoy entre España y la América española. Sabio a la usanza europea, investigador erudito, que sigue con especial cuidado el desenvolvimiento científico de la Sociología, del Derecho y de la Pedagogía, en los libros y revistas de los grandes pueblos, siempre ha procurado incorporar a la cultura y, al través de ella, a sus trabajos y a la expresión circunstancial del pensamiento científico, la labor de los escritores españoles contemporáneos. Los nombres y las obras de Giner, Azcárate, Costa, Sales y Ferré, Altamira, Menéndez Pidal, Aramburu, Buylla, Sela, etc., le son familiares, apareciendo su influjo recogido, con más o menos determinación, en los distintos libros del publicista chileno.

Las obras del señor Letelier pueden, creo yo, clasificarse en dos grupos: de *Sociología y Derecho* el uno; de enseñanza el otro. El señor Letelier ha escrito los siguientes libros de carácter sociológico: *La Ciencia Política en Chile* (1886); *La Ciencia del Derecho Administrativo*

¹ Prólogo de Adolfo Posada, Profesor de la Universidad de Oviedo, a la obra de Letelier: "*Ensayo de Onomatología*". Madrid-Santiago de Chile, 1906.

(1894); *La Tiranía y la Revolución* (1891); *La Lucha por la Cultura* (1895); *Teoría General de la Administración Pública* (1896); *¿Por qué se rehace la Historia?* (1886); y *La Evolución de la Historia* (2 vols. 1900) ². En el grupo de enseñanza deben citarse los trabajos siguientes: *Filosofía de la Educación* (1892); *La Instrucción Secundaria y la Instrucción Superior en Berlín*; *Las Escuelas de Berlín*; *La enseñanza del Derecho* (1889); *De la enseñanza del Derecho Administrativo* (1889). Aparte de esto, el señor Letelier ha publicado interesantísimos artículos en periódicos chilenos y en revistas españolas. Los primeros destinados, por lo general, a dar cuenta en su patria del movimiento científico español, de las obras de publicistas españoles, y los últimos, sobre problemas sociales y jurídicos.

Examinadas detenidamente las obras del señor Letelier recogidas en los dos grupos indicados, la crítica ve destacarse, por su importancia excepcional y por sus mismas proporciones, un libro en cada grupo: en el de enseñanza, la obra capital, la que nos ha revelado al señor Letelier como autor de vastísima cultura y de orientación pedagógica reflexivamente madurada, es la *Filosofía de la Educación*: en el de sociología la obra más importante, aquella en la cual el autor ha puesto mayor esfuerzo (con un éxito admirable), es *La Evolución de la Historia*. Proponiéndose en este *Estudio* llamar la atención del lector hacia la labor científica del señor Letelier, estimo que nada podría hacer más adecuado para el caso, que exponer algunas indicaciones acerca de cada uno de estos dos libros, que deben figurar, muy en primer término, en las bibliotecas modernas de Sociología y Pedagogía de escritores españoles...

La Filosofía de la Educación ³ es un verdadero tratado completo y sistemático de la ciencia de educar, no meramente en su aspecto pedagógico, sino en la amplia, amplísima acepción del término,

² El señor Letelier ha sido encargado por orden del Congreso de Chile, de publicar las Sesiones de los Cuerpos Legislativos: esta obra monumental e importantísima para el estudio de la vida política de aquella República, consta hoy de 28 tomos.

³ Un volumen admirablemente editado, de 750 páginas.

en cuanto abarca además de los grados y formas de la instrucción organizada reflexivamente, la acción educativa general que resulta del influjo del medio en la formación, más o menos intencionada, de la personalidad humana. Libros de pedagogía de las proporciones del de Letelier, y lo que aún importa más, que recojan y aprovechen, como en él se hace, los principales resultados de la cultura general moderna, especialmente la que se inspira en las corrientes evolucionistas, no abundan en España.

No me es posible analizar y exponer todo el contenido de esta obra del señor Letelier con el detenimiento que requiere su importancia total y la especial de cada uno de sus capítulos; así en vez de hacer un rápido extracto de sus ideas capitales, me limitaré a fijarme en algunas de éstas.

Los resultados de la cultura general moderna en que el libro del señor Letelier parece inspirarse más directamente, conservando, sin embargo, su independencia, son las de las corrientes evolucionistas positivas. En todo el libro se observa cierto influjo más o menos profundo, de la concepción positiva de la evolución. No ya las ideas fundamentales pedagógicas, sino las ideas generales acerca de la realidad y del mundo social que se presuponen en las primeras, están formadas, sin duda, teniendo en cuenta el evolucionismo como sistema completo, o si se quiere como racional hipótesis que responde mejor que ninguna otra, por ahora, al menos, a las exigencias y resultados del saber positivo.

El señor Letelier no reduce la esfera de su investigación al estudio aislado y único de la manifestación educativa reflexiva, sino que obedeciendo en este punto a los procedimientos de investigación y de exposición científica de los evolucionistas, que al estudiar, por ejemplo, el Derecho, procuran abarcar su idea desde la manifestación más amplia y menos específica, hasta la más acentuada e intensiva, inaugura su libro hablando *de la educación*, que llama *refleja*, y que yo llamaría *espontánea*, porque es la que proviene del influjo natural del medio, de las condiciones bajo las cuales el hombre se forma desde el momento en que nace.

“Vulgarmente, dice, no se da el nombre de *educación* sino a esa que se adquiere en el curso de la vida escolar y que se podría llamar *sistemática*. El hecho de que para calificar a una persona de ignorante se diga de ella que no sabe leer ni escribir, es indicio manifiesto de que no se comprende cómo sin los principios de la enseñanza sistemática se puede adquirir una instrucción, siquiera rudimentaria.

“Mas, por poca atención que se preste, es fácil notar que, en la suma total de nuestros conocimientos, es mucho mayor la parte adquirida fuera de la escuela que la adquirida dentro de ella.

“A la vida escolar se deben propiamente los conocimientos de la lectura, de la escritura, del dibujo y de las ciencias; pero ellas no forman más que una suma realmente diminuta comparada con la suma total de lo que lleva en sí el espíritu de cualquier hombre”⁴.

Y luego añade: “La denominación de casi todas las cosas de uso común, la distinción de las substancias nocivas y de las alimenticias... los preceptos y adagios con que el empirismo dirige la conducta moral... en una palabra, casi todas las nociones que se han menester para vivir en sociedad, se adquieren espontáneamente a virtud del simple comercio de los hombres con sus semejantes...”⁵.

“Sin haber hecho estudios sistemáticos, cada cual sabe contraer matrimonio, dónde debe inhumar los restos de sus deudos, cuándo debe pagar las contribuciones, en qué condiciones debe ejercer su profesión, arte u oficio, a cuál funcionario debe acudir para testar, cómo debe ejercer sus derechos políticos, etcétera”⁶.

Aún podría aumentar las citas, pero no lo creo necesario. Parte, como se ve, el señor Letelier, de la idea de un influjo amplísimo del medio, que independientemente de su valor sociológico —que es como lo consideran un Spencer o un Taine, por ejemplo— tiene su valor educativo, en cuanto además de influir como fuerza o factor en la formación de

la sociedad toda, influye como fuente de instrucción, como acción impulsiva, y hasta directiva, tanto en la formación de nuestro caudal de conocimientos, como en la del sistema de los motivos que determinan la conducta en la obra diaria de la vida.

La importancia de este punto de partida del señor Letelier, para la apreciación general de su concepción pedagógica, estriba en que resulta ésta construída de un modo que me atrevo a llamar orgánico, completo, por comprender en ella las manifestaciones todas de los infinitos influjos que colaboran en la formación interna y externa del carácter individual, desde las indicadas como provenientes de la acción irregular y constante de la costumbre, de la imitación, que dirían Tarde o Baldwin, hasta las más altas y reflexivas, ocasionadas por procedimientos ideados intencionalmente y organizados en los grandes centros de cultura científica, con propósitos pedagógicos.

Antes de indicar en breves términos todo el contenido de la acción educativa a que se refiere la *Filosofía de la Educación*, conviene insistir algo en definir bien la naturaleza de la educación refleja —o espontánea—, según el señor Letelier.

Enumera éste, como hemos visto, los conocimientos indispensables que adquirimos fuera y sin necesidad de la escuela (de algunas, me atrevería yo a añadir que, a pesar de las escuelas); y después, como prueba suprema del valor e importancia de las adquisiciones que se verifican en la vida social, dice lo siguiente: “La más valiosa adquisición que nuestro entendimiento hace en una forma irreflexiva, es la del lenguaje. Se sabe que, entre los estudios que se pueden acometer, el de las lenguas es uno de los más complejos. Largos años de enseñanza escolar, a menudo, no bastan a nuestro espíritu para dominar un idioma extranjero. Entre tanto, la educación espontánea tiene la virtud de enseñarnos la lengua de nuestros padres con unos procedimientos que hacen insensible el aprendizaje...” Y aún más: “La enseñanza sistemática no tiene eficacia alguna en el estudio de las lenguas, sino cuando imita los procedimientos de la educa-

• *Filosofía de la Educación*, páginas 2 y 3.

• Página 3.

• Página 4.

ción espontánea" 7. De todo lo cual —concluye el insigne pedagogo—, que "la parte que toca a la escuela en la formación del espíritu es nimia, comparada con la que corresponde al medio ambiente en que el individuo se desarrolla", pudiendo decirse lo mismo "por lo que toca a la formación del carácter y del corazón" 8.

No se le podía ocultar al señor Letelier una grave cuestión que inmediatamente se ocurre, al considerar la acción del medio, no sólo como condición bajo la cual se forma el carácter, sino como acción educativa; y es que esta acción, refleja o espontánea, es en sí misma indiferente, o, mejor, es como a modo de arma de dos filos. En efecto: cuando Spencer, y en general el evolucionismo, señalan el poder inmenso del medio social, o superorgánico, para determinar los caracteres propios de las diferentes manifestaciones de la actividad humana, permanecen indiferentes ante el valor trascendental del resultado. Tiene aquél un valor objetivo tan sólo. Y cuando se trata de la educación, no puede mirarse nada indiferentemente, no puede prescindir de que la educación implica dirección, y dirección en un cierto sentido, que no puede ser otro que hacia un ideal de perfeccionamiento o mejora, o, si se quiere, hacia la formación del carácter en todas aquellas cualidades que supone y exige la afirmación de la propia personalidad racional.

Por eso hace el señor Letelier sus reservas y distinguos respecto de las condiciones del influjo del medio como fuente de educación espontánea. Hay en el medio elementos nocivos, elementos perniciosos; su acción será contraria al perfeccionamiento del carácter y a la elevación del alma. Pero si el medio es un influjo espontáneo, si es un resultado reflejo que obra, y al obrar moldea al individuo, al sujeto de la selección educativa, ¿cómo constituir medio adecuado, medio con condiciones propias para ejercer una acción verdaderamente elevada y buena? Por de pronto, es preciso tener en cuenta que, por la misma natu-

raleza de la educación refleja, su influjo se manifiesta principalmente en los grados inferiores del desarrollo humano, es decir, en la niñez, en aquella situación en que el hombre recibe mucho más de lo que puede dar, según la idea de Spencer. Ahora bien; un elemento integrante del medio lo constituyen las gentes que forman la parte más ilustrada y capaz de la sociedad, y de ellas han de provenir en una gran medida los buenos o nocivos influjos del medio, porque, colocadas en situación preeminente, su acción *irradia* por imitación —moda 9, imitación de uno a otro, a través de todas las capas sociales.

Aún podría extremarse el razonamiento, analizando o interpretando los resultados y los influjos predominantes o triunfantes en el desenvolvimiento de la vida social, como vida natural, para ver, sin necesidad de la hipótesis de la lucha por la existencia, que la acción que en definitiva se impone es la que lleva a producir las formas vitales más expansivas, más sociales, más armónicas, más humanas, en una palabra (Guyan). Spencer ha llegado en este punto, en su aplicación a todos los órdenes de la realidad la hipótesis de la selección, a afirmar que la *justicia* es al fin un resultado, en la esfera de la acción reflexiva de la voluntad, del principio mismo de la selección natural. Según él, la justicia impera porque es lo que más conviene al predominio de los más aptos.

Otro carácter de la educación refleja o espontánea, señalado por Letelier, es el de su índole esencialmente conservadora. Y hay en esto mucho digno de loa, dados los resultados morales, verdaderamente educativos de la acción del medio; pero hay mucho también que puede ser pernicioso y malo. En efecto, si por un lado ese carácter conservador, fundamento del ahorro consuetudinario, constituye al medio en centro elaborador de los grandes influjos colectivos, de las grandes fuerzas de resistencia, etc., por otro constituye un obstáculo que toca vencer a la energía individual, y que a menudo la impulsa a ser perezosa, rutinaria, inactiva. Tiende, sí, la educación refleja, conservando y previniendo, formando hábitos y sometiendo a todos a

* Como ingeniosa y admirablemente demostró Bréal en un estudio interesantísimo acerca de cómo se aprenden las lenguas extranjeras.

* Página 7.

* V. Tarde, *Les lois de l'imitation*.

una adaptación natural, a equilibrar el nivel de los espíritus, proponiendo a mantener en la sociedad la armonía y la paz; mas, a la vez "refrena a cuantos intentan singularizarse, reduciendo a todos los hombres a la condición de simples medianías" ¹⁰.

No me es posible seguir al señor Letelier en el análisis, interesantísimo por cierto, de las cualidades y caracteres de la educación espontánea o refleja. Baste lo dicho para comprender el alcance, la amplitud y la extensión de esa gran fuerza que supone la acción educativa. Porque ha de advertirse que andan descaminados, en mi concepto, cuantos ven la educación sólo en el respecto de una mera instrucción pedagógica, y están, por el contrario, muy en lo firme cuantos, como el señor Letelier, acogen las enseñanzas del evolucionismo para ampliar la esfera del poder educativo, reconociendo un gran campo al mismo en todo el conjunto de fuerzas que componen el medio social, en cuanto éste, ya por propio y espontáneo impulso, ya en virtud de una dirección más o menos reflexiva, contribuye al propósito definido de la educación, que "no hay duda que consiste en vigorizar el carácter para la lucha y contrastes de la vida" ¹¹, por lo que se ha de considerar su obra como una obra de perfeccionamiento moral.

El resto de este libro del señor Letelier responde, como a su antecedente natural, a la idea amplia de la educación, y esto de varios modos. Después de definir la esfera de acción de la educación refleja y de señalar sus defectos e ineficacias, Letelier propone el necesario complemento de la misma, mediante la formación del amplio organismo de la educación sistemática, inteligente, que, aparte de completar la acción educativa que la conducta humana exige, imprime la dirección moral a la educación espontánea. Además, la organización de la educación sistemática se basa en las conclusiones mismas que impone la refleja, la cual es universal, total, esto es, toma al hombre como hombre, y en su condición humana es en lo que influye, sien-

¹⁰ Página 21. Una explicación de este fenómeno sociológico puede verse en las doctrinas de Tarde y Baldwin.

¹¹ Página 23.

do preciso que el coronamiento de su función, por la educación reflexiva, responda al propio ideal humano. Así se puede observar, en el desarrollo de la *Filosofía de la Educación*, que los caracteres de la acción educativa sistemática implican la idea, en virtud de la cual se rectifica el concepto meramente intelectualista e instructivo de la acción pedagógica. Ha de ser ésta, advierte Letelier, como enseñanza social, homogénea, una, orgánica, moral, integral, y a la vez realista y formal ¹².

Y partiendo de los conceptos expuestos, el señor Letelier expone los sistemas fundamentales de enseñanza (teológico, clásico y científico), critica los sistemas vigentes, refiriéndose al problema de la enseñanza clásica y científica, pasando después a exponer la teoría general de los estudios, y desarrollando su teoría en la instrucción general, en la especial, en la enseñanza universitaria; para concluir con interesantes consideraciones acerca de la metodología y de la enseñanza pública.

He vuelto a examinar, ahora, para escribir este estudio, que ha de ir al frente del libro del señor Letelier sobre *Onomástica, La Evolución de la Historia*. Cuando se publicó, en 1900, me pareció, y así lo dije en alguna parte, una obra sólidamente hecha, digna de la alta reputación de su autor. No ha modificado mi juicio esta última lectura. *La Evolución de la Historia*, puede ponerse muy bien al lado de la *Filosofía de la Educación*, y podría figurar, muy dignamente, en la lista de obras, que Alan o Gicard y Brière nos envían constantemente, bajo sus cubiertas tan conocidas, azuladas o verdosas.

La Evolución de la Historia fué primero un folleto escrito para examinar el tema de un certamen (1886): *Por qué se rehace la historia*, y representa la labor de varios años, de un espíritu curioso, que se ha sentido irresistiblemente atraído hacia un problema tan interesante como difícil, lleno de misterios, y por ende, de encantos. Desentrañar la obra de la historia, definir sus fuentes, averiguar sus leyes al través de las fuentes, formular luego una doctrina que, a la vez que sirva de base para razonar la

¹² Cap. III.

substantividad e independencia de la historia, la diferencia de la moderna disciplina con que a menudo se le confunde, la sociología: he ahí una serie de problemas atractivos para un filósofo, para un hombre de ciencia, y he ahí las que el señor Letelier estudia en su interesante obra.

No puede decirse que la labor condensada en los dos tomos de *La Evolución* sea propiamente de "historiador", aunque en ellas apenas se habla de otra cosa, que de historia. Hay, en efecto, una manera de tratar esta disciplina, que tiene su antecedente inmediato en los sistemas de filosofía de la historia de los alemanes, la cual hoy por hoy, y con las rectificaciones y avances del positivismo evolucionista, podría llamarse la manera "sociológica": y esta manera es la del señor Letelier. No se trata de representar literariamente un período histórico, ni una civilización, merced al estudio previo de las fuentes respectivas y directas (documentos, monumentos, etc.), sino de ayudar a descubrir el proceso real de los fenómenos humanos, en virtud de un análisis directo de su contenido y de las fuerzas positivas que han obrado para producirlos. Ello exige ante todo (aparte la cultura histórica y filosófica necesarias) una teoría de las fuentes, o más bien, de las formas en que parece como que se cristaliza y perpetúa la huella real de la vida humana (la tradición, el mito, la leyenda, la crónica, el testimonio), y luego una doctrina del proceso evolutivo de esa vida humana como resumen del conocimiento de sus leyes.

Y algo de esto es lo que ha hecho el señor Letelier en los diez capítulos primeros de los once que constituyen la obra; he aquí sus títulos: la tradición, la sociología, la leyenda, la crónica, la filosofía de la historia, el testimonio presencial, el testimonio tradicional, el testimonio virtual, el testimonio actual, y, por fin, la *Historia*, es decir, la ciencia histórica, o sea, la construcción reflexiva (e imaginativa) de los hechos según su producción y sucesión reales.

A mi ver, esta manera de tratar el *material histórico*, o más bien, las formas vivas en que se contiene el material histórico (la tradición, la leyenda v. gr.), científica, por su alcance, es, como indico, "sociológica", en cuanto esta expre-

sión significa que se pretende recoger en unidad e íntegramente el proceso de la vida social.

Esto explica la confusión de conceptos a que con razón alude el señor Letelier, entre la historia y la sociología; "dos ramas del saber escribe el profesor chileno, que desde Augusto Comte se ha intentado confundir en una sola, ya por historiadores que ignoran lo que es la sociología, ya por sociólogos que desconocen el derecho de la historia a vivir independientemente"¹³.

Pero aunque tal confusión se explique, no se justifica, y el que haya una manera sociológica de tratar la historia, antes debe servir para distinguir que para confundir las dos disciplinas esencialmente diferentes. "La historia, dice Letelier, es una exposición de hechos específicos, y la sociología es una exposición de hechos genéricos, o sea de leyes"¹⁴. Y es la sociología algo más que esto; trátase en ella de explicar el proceso social humano, de una manera imparcial y objetiva, y además de conocer sus leyes y utilizarlas aprovechando el conocimiento adquirido¹⁵.

Aceptado este punto de vista del valor *práctico* de la sociología, su diferencia con la historia se aclara y acentúa grandemente. La historia, tiene por necesidad un campo limitado: los hechos específicos, que dice el señor Letelier: no puede, por tanto, construirse sin fuentes directas, reveladoras de una civilización, de un estado de alma. La sociología, aunque se aprovecha de la historia, tiene su campo abierto a las más atrevidas especulaciones; es ciencia de hipótesis racionales para explicar tanto hacia el pasado, como hacia el porvenir como fuera del tiempo (de un tiempo dado) una porción de problemas, de esos problemas que siempre han de inquietar, por fortuna, el espíritu filosófico del hombre. Por ejemplo, la sociología se pone el problema de los orígenes de la sociedad y de las instituciones, de la vida primitiva del hombre...

El lector tiene a continuación, en el hermoso *Ensayo de Onomatología*, una

¹³ *La Evolución de la Historia*.

¹⁴ Ob. cit. II, p. 521.

¹⁵ V. Ward, *Pure Sociology, y Compendio de Sociología*, (trad. esp.).

prueba del valer del señor Letelier como escritor y como sociólogo. No he de hablar, sin embargo, especialmente de este trabajo, porque aparte de que esto exigiría una preparación a la que ahora no puedo dedicar el tiempo necesario, me ha parecido lo más oportuno, dada la importancia y significación del sabio profesor chileno, aprovechar la ocasión que mi querido amigo, el editor del *Ensayo*, me ofrece para hablar de Letelier, a quien los españoles de acá, tanto debemos, y de su obra en general representada, de un modo tan admirable, por los dos libros sobre *Educación* y sobre *La Evolución de la Historia*. Desde el punto de vista que más interesa al pú-

blico español, quizá es esto más útil, que haber dedicado estas cuartillas al análisis del *Ensayo de Onomatología*, que el lector tiene delante, y puede leer inmediatamente.

Puede y debe, que el *Ensayo* es trabajo digno del autor chileno. Letelier se presenta en él armado con sus armas, dominando el asunto, apoyado en una erudición rica y escogida, revelando amplia lectura meditada, exponiendo, como siempre, con una claridad diáfana sus ideas, y por fin, apuntando, con discreción exquisita, los problemas que suscita el tema estudiado.

Madrid, Mayo de 1906.